



Vigúísimo

Conocí a Pousa allá por lo años 50 cuando él era una joven promesa. Paseando por la calle del Príncipe, porque antes se paseaba siempre por la calle del Príncipe, entré en una sala, la del Foto Club. Allí me llamó la atención una pintura, fresca, lozana, distinta de lo que se veía por aquí en aquella época. Pregunté por él y me dijeron que era un pintor de Goián que había estado fuera, en Europa. Quise conocerlo. Y así comenzó nuestra amistad. Había estudiando a fondo a los impresionistas, mostraba especial interés por Van Gogh, y se sentía orgulloso de su maestro Antonio Fernández. Su sensibilidad poética, su capacidad proustiana de observación, su soltura con el pincel, su temperamento, lo hacían diferente. Fue quien presentó un óleo con mujeres desnudas en un paisaje, para exponerlo en la Plaza de la Princesa, al aire libre, cerca de la Puerta del Sol, por donde transitaba la gente que iba a la Colegiata. No se la dejaron colgar allí. Enfadado por lo que consideraba un atentado contra la cultura retiró también la otra, un bodegón en el que figuraba una sardina. Cuando le pregunté por qué, me contestó que porque la sardina también estaba desnuda. Aquellos desnudos femeninos se los quisimos comprar para Castrelos en varias ocasiones, pero nunca los quiso vender.

Pertenece a la primera generación de artistas gallegos modernos que desarrollaron su carrera después de la Guerra Civil. En Madrid compartió vicisitudes con X. Luis de Dios y entabló amistad con Antonio López, con el que había coincidido en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando pero, sobre todo, vio a sus anchas el Museo del Prado.

Recorrimos muchos kilómetros juntos, al lado de A. Quesada y F. Pablos, recogiendo obras por toda Galicia para las exposiciones de Plástica Gallega, celebradas en los años 80 en las salas de Caixavigo. Coincidimos en jurados, y mantuvimos largas y profundas conversaciones en muchas tertulias que compartimos, en la que disfruté de su aguda ironía de paisano, capaz de convertir lo normal y cotidiano en algo épico. Optó por la pintura desde el principio de su trayectoria artística, en ella profundizó y llegó a ser el gran pintor que es, con un estilo consolidado en el realismo. Su primera antológica en 1994 lo consagra como pintor de reconocido prestigio. En su producción, abundante, no falta el deseo balzaciano de reflejar paisajes y costumbres de una tierra a la que ama y a la que se siente fuertemente vinculado.

La familia ejerció un gran influjo en su vida y en su obra. Sobre todo, la comprensión que ha tenido siempre por parte de Carmela, su mujer, amable, abierta a la conversación, dotada de un severo sentido crítico. El amor entrañable que siente por las cosas



insignificantes que forman el verdadero entramado de nuestra vida, su gran respeto por la riqueza mágica de la realidad y la inteligencia creadora que posee, unido a la tenacidad, la coherencia y el estudio concienzudo de todo lo que hace me obliga a asistir siempre con curiosidad a sus exposiciones.

Ángel Ilarri
La Voz de Galicia
30 de marzo de 1997